

CAPÍTULO II

PERÍODO GRECO-ROMANO

Grecia.—Su situacion marítima.

URANTE la época oriental, Europa desempeñó en la historia del comercio un papel pasivo. Si bien es verdad que los etruscos tenían una marina, esta no podía rivalizar con la de los cartagineses y fenicios. Sin embargo, la hermosa situación de la Grecia le permitió hacerse dueña de los mares después que sacudió su timidez cuando llegó á la edad de las grandes empresas. Efectivamente, la Grecia bañada al Oeste por el mar Jónico, al Sur por el Mediterráneo, al Este por el mar Egeo, tocando la Italia, África y Asia, con sus numerosas islas, penínsulas, golfos, etc., parece haber sido creada para el comercio y la navegación.

El mar la circuye por todas partes; no ese mar sombrío y tempestuoso de Inglaterra y de otros pueblos del Norte, sino ese mar lleno de luz, teñido, como dicen los poetas, de púrpura y azul; ese mar tan espléndido y seductor, que los griegos hicieron nacer de la espuma de sus olas á la diosa de la hermosura, á la diosa Venus Afrodita.

El comercio griego antes de las guerras médicas.

Por espacio de mucho tiempo, los griegos se concretaron á recibir lecciones de los fenicios, tomando de ellos la moneda, el alfabeto, los pesos y medidas, y les quitaron hasta los secretos de la fabricación de la púrpura y del vidrio; pero hácia el siglo VIII antes de J.-C., emigraron muchos griegos á las islas vecinas del Archipiélago y más tarde á las costas del Asia, África, Sicilia é Italia. Los fenicios fueron alejándose poco á poco y abandonaron el mar Egeo; y los griegos los persiguieron por el Mediterráneo hasta España y África, y se atrevieron á disputarles el Océano. Cuéntase que una galera fenicia, perseguida más allá de Gades por una nave griega, llevó su heroísmo mercantil hasta hundirse primero que descubrir á sus competidores el secreto de las islas Fortunatas ó del país del ámbar y estaño.

El comercio griego después de las guerras médicas.—Corinto y Atenas.

Desde las guerras médicas hasta Alejandro, ocho grandes ciudades helénicas se dividieron el comercio del Mediterráneo.

Estas eran en Grecia Corinto: situada en el istmo que lleva su nombre. Atenas: la reina del comercio, de la industria, literatura y artes; con sus grandes puertos y almacenes de trigo del mar Negro, maderas de construcción, hierros de Italia, aceites y mieles del Ática, pescado salado, productos de su floreciente industria, como estatuas de mármol y bronce, géneros de lana, lino, etc., etc.

Mileto: situada sobre las costas del Asia menor, donde venían á desembarcar las numerosas mercancías de toda el Asia.

Bizancio: á la entrada del Bósforo, situación excelente; almacén del comercio del mar Negro; futura Constantinopla.

Cirene: disputaba á Cartago su comercio marítimo, procurando internarse en el África.

Siracusa: colonia de Corinto, servía de desembarcadero para los trigos, aceites y azúfres de Sicilia.

Tarento: que dominaba á la vez los mares Jónico y Adriático.

Marsella: en la Galia, fundada por los fócios, que huyeron de su patria amenazada por los persas; se consagraba al comercio de las costas de Córcega, Galia meridional y España, enviando sus naves hasta las costas de Escandinavia en busca de intrépidas aventuras.

Colonias griegas del mar Negro.

A pesar de todos sus esfuerzos, los griegos no ensancharon los límites que ya habían trazado los fenicios y cartagineses, y el único camino nuevo que abrieron al comercio fué el del mar Negro. Desde el siglo VIII antes de J.-C. la poderosa Mileto había creado grandes centros comerciales, que eran otros tantos inmensos mercados, desde el Helesponto hasta el Cáucaso. En las riberas del Asia menor, se encontraban Cizica, Sinope, Ceraso, Trebizonda y otras; Olbia, á la embocadura del Dnieper; Dioscurias y Faris, en la Abasia y la Mingrelia modernas, y otras muchas plazas importantísimas.

Comercio griego desde Alejandro.—Alejandría.

Las conquistas de Alejandro, la sumisión del Asia hasta el Indo y Yaxartes, la exploración del Océano Indico por las flotas macedonias produjeron al principio del siglo III antes de J.-C. una gran revolución comercial. Babilonia, Bactra y Seleucia llegaron á ser grandes capitales de imperios griegos. Los fenicios perdieron la dominación del Océano Indico como habían perdido la del Mediterráneo, y toda la gran corriente de caravanas y navegación que ellos establecieron, dejaron de llevar sus mercancías á Tiro, desde la India, Arabia y África para volverse hácia una gran ciudad que iba á ser el centro comercial del imperio romano. Esta ciudad fué Alejandría, fundada por Alejandro á la embocadura del Nilo y capital del imperio de los Ptolomeos.

Mientras Rodas heredaba en el Archipiélago la supremacía de Atenas y Corinto arruinadas por las discordias de la Grecia ó por las conquistas romanas, Alejandría atraía hácia sí todas las riquezas de Oriente; los Ptolomeos volvían á abrir el canal de Neco entre el mar Rojo y el Nilo, y fundaban á la entrada de ese canal á Arsinoe (la moderna Suez); el comercio se multiplicaba y extendía desde Arsinoe hasta Adulea (Masúa) y aun más allá del cabo Guardafuy. Cada año flotas inmensas salidas de Berenice ó de Mios iban á buscar á Taprobana, á las bocas del Indo y del Ganges, á las costas del Dekan, y tal vez hasta Malaca, las preciosas mercancías de la India.

El comercio bajo el imperio romano.

Las consecuencias de la dominación romana no se dejaron sentir tanto ni tan bruscamente como las victorias de Alejandro. Muchas veces se ha culpado á los romanos de haber sido enemigos del comercio y haber ahogado con sus conquistas la energía de los pueblos vencidos. Esta acusación es exagerada; pues si bien es verdad que los romanos despreciaban el comercio para ellos, en cambio, lo dejaban hacer á los demás; y si derribaron á Cartago, la cual después levantaron, no opusieron ningún obstáculo al desarrollo de los demás grandes centros comerciales, como Marsella, Rodas, Alejandría, Cartagena y Gades. Esas admirables carreteras ó vías romanas que cruzaban el imperio desde el Éufrates al Atlántico, desde las cataratas del Nilo y la meseta del Atlas hasta el Rhin, eran otras tantas arterias que

llevaron hasta los últimos confines del mundo romano el movimiento y la vida; los grandes ríos de España, de la Galia y la Germania; el Ebro con sus importantes puertos de Dertusa (Tortosa) y César Augusta (Zaragoza); el Tajo, con su vasto puerto de Lisboa; el Guadalquivir con los de Sevilla y Córdoba y otros; el Ródano con sus puertos de Arlés, Aviñón y Lion; el Loira con Orleans y Nantes; el Garona con Tolosa y Burdeos; el Sena con Lutecia (París) y Ruan; el Rhin con las ciudades mercantiles á la vez que plazas militares de Colonia, Maguncia y Estrasburgo; el Danubio con Viena y Sirmio, se poblaron de naves y galeras, rivalizando en el comercio con los transportes hechos por carreteras y vías de tierra; las armas romanas abrieron al comercio las ignoradas comarcas de la Gran Bretaña y Germania; y hasta los vicios de la civilización romana contribuyeron en cierto modo á fomentar la actividad mercantil, si bien que realmente aumentaron la inmoralidad y la corrupción del mundo conocido.

En Italia el abandono de la agricultura y la desmedida extensión de las grandes propiedades hicieron necesario el comercio de los cereales de Sicilia, África y Egipto, el cual con esto adquirió grande importancia, y fueron causa de una de las principales y más funestas preocupaciones de la administración romana; porque, á pesar de lo poco que producía la tierra italiana, era preciso alimentar á los siete ú ochocientos mil hambrientos y tumultuosos proletarios que se apiñaban en el recinto de Roma; era preciso darles por cebo y pasto á su peligrosa holganza los espectáculos del circo, y hacer combatir á sus ojos los tigres de Hireania, los leones del Atlas, los elefantes de la India, los hipopótamos del Nilo y las girafas de la Nigricia. Todo esto, junto con los otros espectáculos romanos, hicieron de Roma la ciudad del lujo por excelencia; ese lujo que sobrepujo todas las grandezas que pudieran soñar las cortes de Oriente, y que ponía en movimiento millares de navíos que iban á buscar esclavos negros á Etiopía, las especias, las muselinas y otros productos de la India, los perfumes de Arabia, las perlas y piedras preciosas del golfo Pérsico, el marfil de la Nigricia, las pieles de la Escitia y Germania, el coral de Malta y Cirene, las finas lanas de Siria y España, las sederías de China y la India que valían á peso de oro, la púrpura de Tiro, que se pagaba á 400 pesetas los 500 gramos, las tablas de cedro y ébano, que valían hasta 260,000 pesetas, los lujosos caballos de la Cirenaica, los mulos de España y la Galia, los papiros de Egipto, los vinos y aceites del Asia menor, de la Grecia y de las islas del Archipiélago, las naranjas de España y tantos y tantos otros objetos: y para terminar no debemos olvidar la célebre Bizancio, cuyo porvenir fué adivinado por el genio romano, y que con el nombre de Constantinopla fué la segunda capital del mundo y la más importante ciudad comercial del Mediterráneo.

Condición de los mercaderes en Grecia y Roma.

Aunque ni en Atenas ni en Roma jamás existió un conjunto de leyes especiales análogo á nuestro código de comercio, conocemos mejor las instituciones comerciales griegas y romanas, que las de Oriente.

Como en las repúblicas griegas el comercio era la vida, todos procuraban fomentarle, no desdeñando dedicarse á él los ciudadanos más ilustres. Roma, por el contrario, eminentemente militar y política, le profesó siempre una gran aversión. El ciudadano romano, no solo se hubiera creído deshonrado ejerciendo una profesión manual, reservada únicamente á los esclavos, sino también dedicándose al comercio al por menor, que se dejaba para los libertos ó los extranjeros: el comercio al por mayor, que Cicerón no se atrevió á condenar, á pesar de su doble orgullo de romano y filósofo, era prohibido por la ley á los senadores.

Sin embargo, los romanos comprendían demasiado bien lo que les convenía para dejar de explotar un manantial tan productivo; y para conseguir su fin, se valían muchas veces de un liberto á quien suministraban fondos; ó bien, mezclando los asuntos de Estado con las

operaciones comerciales, procuraban conseguir los puestos de abastecedores ó proveedores públicos ú otros empleos semejantes. De esta manera se formaron aquellas inmensas fortunas de la antigüedad romana; principiando entonces un nuevo sistema desconocido en Oriente y poco conocido en Grecia, el sistema de las asociaciones. Hacia el fin de la república sobre todo, es cuando se muestra más manifiesto, pues una verdadera fiebre de especulación se apoderó por entonces del pueblo romano. A la sazón es cuando vemos poderosas compañías explotar todas las ramas del comercio, de la industria y de la administración pública. Hasta los pequeños comerciantes formaban corporaciones sostenidas por ilustres personajes que les prestaban ó les vendían su apoyo. Bajo el imperio, estas compañías y corporaciones siguieron aun algún tiempo, y hasta algunas, como las encargadas de los transportes por mar y del comercio de los cereales, tomaron nuevo incremento; pero sometidas al Estado, que les exigía contribuciones onerosas y encadenadas por reglamentos que no les dejaba ninguna libertad, dejaron de existir en medio de la disolución general del pueblo romano.

Comercio del dinero.

Tampoco tuvieron Atenas y Roma verdaderas instituciones de crédito; pero el comercio del dinero tomó en estas dos ciudades un incremento desconocido en Oriente. Desde el siglo VII antes de J.-C., las grandes ciudades griegas tenían su moneda de cobre (el óbolo = 0'15 cént.) y de plata (el dracma = 0'90 cént.); más tarde acuñaron monedas de oro que llamaron estáteras, del peso de dos dracmas de plata, y que debía representar próximamente 20 pesetas de nuestra moneda actual.

Hasta la primera guerra púnica, Roma no tuvo otra moneda que el as, moneda de cobre muy pesada y que fué cambiada á mediados del siglo III antes de J.-C. por monedas de plata: el sestercio (21 centimos); el dinero (84 centimos) y de oro, el aureus (25 pesetas), medio aureus, etc.

La diferencia de moneda hizo necesaria en las repúblicas griegas la profesión de agentes de cambio, y poco á poco las oficinas de cambio se hicieron á la vez bancas de depósito y liquidación; pero los banqueros de Atenas, en vez de hacer operaciones por su cuenta, servían más bien de intermediarios entre los particulares, y por consiguiente, venían á desempeñar el papel de nuestros agentes de cambio y notarios modernos.

En Roma se daba el nombre de argentarii á ciertos agentes que se reunían en el Foro, cerca de la estatua de Jano, y allí levantaban acta de las compras y ventas, guardaban en depósito los contratos escritos, prestaban á veces su nombre en empresas usurarias á personas que no querían darse á conocer, y se encargaban de los cobros y perseguir judicialmente á los que no querían ó no podían pagar.

Del interés.

El tanto por ciento del interés fué siempre muy crecido en la antigüedad, á pesar de las leyes contra la usura. En Atenas jamás era menor de 12 p. %; en Roma osciló entre 12 y 18, y en ciertas operaciones como, por ejemplo, en las especulaciones sobre el comercio marítimo, llegaba alguna que otra vez hasta el 50 ó 60. Catón el antiguo, y Bruto no se desdeñaban de rebajarse hasta ese tráfico lucrativo; su orgullo de ciudadanos romanos no se ofendía por ello, y la ley que pretendía moderar la usura protegía severísimamente el derecho de los usureros.

Los derechos de aduana eran en Grecia y Roma una de las principales ramas de la Hacienda pública. En Grecia estos derechos eran generalmente de un 2 p. % sobre el valor de los objetos, tanto para la exportación como para la importación; en el imperio romano se elevaban por término medio á 2 ½ p. %, pero sobre determinados artículos de lujo, llegaron hasta el 12 y 16 p. %.